

Izquierda Y Política

La revista Encuentro XXI ha invitado a un debate entre diversos enfoques existentes acerca del tema 'Izquierda Y Política'. Se ha solicitado su opinión, sin exclusiones, a todas las tendencias de la Izquierda. Entre éstas, se han publicado en el número anterior de la revista (Encuentro XXI N°6) opiniones de varias corrientes y en el presente número aparecen otras. El propósito de las líneas que siguen es participar en este debate, el que ojalá se desarrolle en muchos espacios y de la manera más abierta, de modo que participe del mismo la mayor cantidad de gente posible.

En este texto se 'ponen en la picota', a la antigua usanza de la Izquierda, varias concepciones que a mi juicio están entrabando la necesaria e inevitable unidad de las fuerzas de Izquierda. Ojalá algunos de los autores aludidos se 'piquen' y respondan en próximos números de Encuentro XXI, lo que sería bueno para el debate y también para la propia revista. Demás está mencionar que la elección de los contrincantes intelectuales está inspirada en la importancia que este autor reconoce a cada uno de ellos.

Podrá llamar la atención al lector que dichas críticas no se hagan extensivas a la política del Partido Comunista de Chile durante los últimos años. Ello no significa que yo no las tenga, ni mucho menos. De hecho, precisamente por discrepancias con la línea política impulsada por la dirección Comunista me marginé hace ya bastante tiempo del partido en que milité durante veinte años. Se trata de mi familia, sin embargo y no me considero por lo mismo en la mejor posición para asumir, desde fuera, la indispensable crítica a fondo de lo que ha sido la política de los Comunistas Chilenos durante las últimas décadas. Muchos lo hacen, además. Algunos bien y otros, demasiados, con odio y mala intención. Estoy convencido, además, que en el partido de Recabarren y tantos otros patriotas constructores del Chile moderno prevalecerán las concepciones que siempre lo convirtieron en el más decidido impulsor de la unidad de la Izquierda.

La Izquierda tendrá que actuar por muchos años desde el Gobierno y desde la Oposición

El ex-secretario general del Partido Socialista de Chile durante el Gobierno Popular, Carlos Altamirano, ha decidido romper el silencio que prudentemente mantuvo durante varios años y reaparece orientando a la Izquierda acerca de "que es ser socialista hoy". Ha resumido su renovado pensamiento en diez tesis, presentadas al Partido Socialista, las que se ha encargado de hacer publicar en la prensa. En ellas Altamirano nos pasea por el mundo, boceteando un panorama que se ciñe atildadamente al último grito de la moda ideológica, sin dejar de lado algunos audaces toques personales. Para concluir en que la Izquierda debe anclarse en el Centro para siempre. Genio y figura....

Están "in", en el nuevo léxico de Altamirano:

"crisis epocal... de la civilización científico industrial... global... patrón civilizacional occidental... regresión civilizacional... orientación no darwinista, no consumista.... no excluyente ni biodestructiva... integrista moralizador... espíritu antimoderno... dinamizar un proceso de trascendente proyección histórica..... matriz central del acervo histórico..... crítica posmoderna.... paradigmas... nuevo enfoque sistémico complejo y holístico..... complejo civilizacional de matriz occidental antropocéntrico, científicista e industrialista..... megatendencia..... noche de los fundamentalismos..... organizaciones no gubernamentales... conferencias cumbres... foros planetarios... biosfera".

El término más recurrido es, por cierto, "renovación".

Están “out” del renovado diccionario de Altamirano:

“Capitalismo”, fea palabra de la cual sólo se acuerda para informarnos que ya no estamos en transición del mismo al ...“Socialismo”, término que sólo menciona para enarbolar su “fracaso y colapso”. “Revolución”, su vieja favorita, no la menciona ni una sola vez.

Altamirano se muestra “fascinado” por la Comunidad Europea y “visualiza cada vez más” al imperialismo como una fuerza que ahora “aspira a impulsar los sistemas democráticos, la defensa de los derechos humanos, la existencia de normas ecológicas y la obediencia del poder militar al poder civil”.

Al respecto no está demás informarle que en el curso de la última década, Chile ha estado colaborando con estas benéficas potencias con un tributo “voluntario” del orden de dos mil millones de pesos diarios, solamente por concepto de intereses y amortizaciones de deuda externa. Eso equivale, más o menos, a lo mismo que gana el 70% de menores ingresos de los chilenos. Para obtener dicho tributo, el imperialismo ya no tuvo que enviarnos cañoneras, es cierto. Le bastó con un postmoderno fax, enviado en 1982, guardado hasta ahora como recuerdo por el Banco Central. En el mismo se amenaza a Chile con interrumpirle todo crédito si el Estado no asumía la deuda que habían contraído los grupos económicos que entonces fueron a la quiebra. Desconcertados, los economistas del régimen de entonces tuvieron que aceptar en menos de 24 horas este dictat. Todavía están buscando a ver si encuentran una situación parecida descrita en los libro de economía de los cuales obtienen usualmente sus recetas.

Altamirano proclama la “crisis epocal”, el “fracaso del socialismo” y el paso a la era posmoderna. La verdad es que, para uno al menos, la visión acerca de la época que vivimos debe ser bastante más sobria. La modernidad, lejos de haber terminado, parece por fin, luego de más de dos siglos, estar empezando a alcanzar recién a todos los hombres del planeta.

De hecho, lo único que se ha demostrado con la caída de los muros y catedrales es que la Revolución de Octubre, a pesar de lo dicho, nunca abrió al mundo una era diferente y superior a la modernidad. Más modestamente pero no por ello menos importante, se limitó a marcar el rumbo por el cual en el curso de este siglo una buena parte de la humanidad recorrió el camino hacia ella. El mismo que Europa Occidental y unos pocos países más avanzados completaron el siglo pasado: el tránsito de la vieja sociedad señorial y agraria a la modernidad capitalista. Parece difícil dar siquiera por completado dicho ascenso del mundo a la modernidad cuando todavía hoy más de la mitad de los habitantes del planeta viven y trabajan en el campo, bastante lejos aún de la modernidad y lamentablemente todavía más susceptibles a encandilarse con las consignas del viejo Altamirano que las del post-moderno.

Lo anterior no contradice el hecho que la sociedad moderna, principalmente en los países más avanzados, ha vivido durante el último cuarto de siglo una profunda crisis y ojalá que en el seno de dichas sociedades estén presentes ya, en gérmen, aspectos de la sociedad que inevitablemente deberá suceder, hacia adelante, a la modernidad capitalista. Es posible que ello se refleje, como generalmente ocurre, en la expresión de los artistas, pensadores y científicos más avanzados. En otras palabras, sería muy esperanzador que la época actual, que para la abrumadora mayoría de la humanidad está significando recién su arribo a la modernidad, contuviera simultáneamente en ella, en sus zonas más avanzadas, indicios de la sociedad efectivamente post-moderna.

Pero no son estos elementos los que ‘fascinan’ al nuevo Altamirano. Es más bien el muy moderno progresismo liberal. Lo que Altamirano abandona es la crítica socialista-marxista de la modernidad. De ella, a lo más, recomienda rescatar algunos elementos del ‘joven Marx’. Deja de lado, sin embargo, sus elementos más incisivos y poderosos, tal como el descubrimiento y denuncia de las tensiones que, inevitablemente, conducirán a la superación de la modernidad capitalista. Seguramente en medio de las más sensacionales convulsiones revolucionarias, además.

Para Altamirano, “el izquierdista verdaderamente progresista es el izquierdista renovado” y éste debe pertenecer a la Concertación.

Lo que más preocupa a Altamirano es que la unidad de la Concertación debe mantenerse a toda costa, para no frustrar el “nuevo momento estelar de la historia” que Chile vivirá hoy, según él. Tal vez esto le preocupe tanto como resultado de una autocrítica respecto a su propia responsabilidad cuando Chile frustró el verdadero momento estelar de su historia, reconocido por el mundo entero, que no fué otro que el Gobierno del Presidente Allende.

En la visión renovada, el Gobierno de la Unidad Popular se despacha como un gobierno populista más de los muchos de América Latina. Sin embargo, la modernidad que tanto encandila a la visión renovada de izquierda es hija legítima, más que de nadie en nuestro país, del proceso que se desarrolló durante el gobierno de Eduardo Frei, padre y culminó revolucionariamente en el gobierno de Salvador Allende. La significación de dicho proceso para determinar la acelerada culminación, en el último tercio del siglo, del largo tránsito de Chile a la modernidad, recién empieza a apreciarse. La importancia de las realizaciones irreversibles de ese período, tales como la Reforma Agraria, la Nacionalización del Cobre, los ocho años de enseñanza básica obligatoria y el medio litro de leche para todos los niños de Chile, entre otras, serán apreciadas en el futuro como de significación infinitamente mayor que algunas que adoptó posteriormente en este sentido la dictadura militar. La figura de Salvador Allende se elevará en la historia nacional al sitial que ya ocupa en el mundo: la del chileno más destacado del siglo.

La defensa que hace de la obra del Gobierno de la Unidad Popular el dirigente del Partido Comunista, parlamentario y Ministro de Salvador Allende, Orlando Millas, en sus memorias de reciente publicación, es esclarecedora. Su lectura parece importante, especialmente para la juventud. Por cierto, Millas en sus memorias tampoco escatima palabras en relación al papel jugado entonces por Carlos Altamirano, con una connotación diferente, claro está.

Altamirano puede ser acusado de muchas cosas, pero tonto no es. Se dá cuenta que, más allá de su grandilocuencia para exponer el fenómeno y sus causas y para justificar su voltereta en adhesión al mismo, en Chile el capitalismo ha llegado para quedarse por largo tiempo. Concluye también, acertadamente a mi juicio, que en el país hay gobierno de Centro para rato.

Pero Altamirano quiere, a toda costa, participar del gobierno y asegurarse, además, que dure el mayor tiempo posible. Por eso se le ha ocurrido la genial idea de transformar a la gobernante Concertación de Partidos por la Democracia en un super partido político de centro. Probablemente dicha propuesta “ultracentrista”, no ayude más a la Concertación hoy que lo que sus planteamientos ultraizquierdistas de ayer ayudaron al gobierno de su amigo Salvador Allende. La ocurrencia de Altamirano, por lo demás, sólo ha sido acogida por Pérez Yoma, actual Ministro de Defensa, Demócrata Cristiano que no se caracteriza por una gran experiencia política. Pero bueno, esa es harina de otro costal.

El hecho que continúa en pie es que Chile efectivamente requiere que se lleven a la práctica aquellas tareas de la modernidad que en Europa Occidental y otros países avanzados correspondió realizar en la mayoría de los casos a gobiernos de centro, muchas veces de corte socialdemócrata, es decir, de Izquierda. Estas tareas van desde la construcción de una moderna red de autopistas hasta la democratización de las instituciones y liberalización de la vida social en general.

Estas tareas modernizadoras, en mi opinión, deben ser asumidas por el conjunto de la Izquierda con todo el cuerpo y sin ninguna vacilación. Las mismas ofrecen a toda la Izquierda un campo muy ancho de entendimiento con el centro y aún con la derecha democrática, para llevarlas a cabo. Y el país las necesita, efectivamente. Esta fue y ha sido siempre, por lo demás, la tradición modernizadora y patriótica de la Izquierda Chilena representada tan notablemente por el Allendismo, universalmente respetado.

Al respecto parecen importantes las críticas formuladas por Clodomiro Almeyda (Encuentro XXI N°6), en cuanto a que el populismo y el testimonialismo constituyen tendencias que no ayudan a la Izquierda a asumir con toda su capacidad las tareas patrióticas modernizadoras referidas.

Pero lo anterior no significa tampoco, ni mucho menos, que la única opción de la Izquierda sea aquella que, legítimamente, ha asumido una vertiente de la Izquierda, representada por el Partido Socialista y el PPD, que consiste en formar parte del Gobierno de Centro, aspirando más aún a encabezarlo tras el liderazgo de Ricardo Lagos. No significa tampoco, como critica Almeyda, adoptar la postura pragmática de seguir las aguas del centro político, abandonando el propósito de transformar la sociedad capitalista. Mucho menos, aceptar la propuesta de Altamirano en cuanto a disolver los partidos de Izquierda en un gran partido de centro.

La experiencia de la Izquierda en Chile durante la mayor parte de este siglo ha sido la de impulsar las tareas de modernización del país y dignificación de la gente desde la oposición. En el caso de los Comunistas, por ejemplo, quién puede negar que han sido una fuerza política patriótica de primera significación, decisiva al momento de impulsar tareas nacionales cruciales y sin embargo sólo participaron del gobierno en dos ocasiones, poco más de tres años en total, durante todo el siglo que termina.

En Chile las condiciones históricas del término de la dictadura dieron por resultado que una parte de la Izquierda quedara en el gobierno y otra en la oposición. Esta situación, que lleva ya siete años, tal parece que se va a prolongar todavía durante un largo tiempo, sin perjuicio que periódicamente grupos y personas pasen de un lado a otro, en ambos sentidos. Así planteadas las cosas, pareciera ser que la Izquierda deberá impulsar un conjunto de tareas comunes desde la oposición y desde el gobierno.

El definir una identidad de la Izquierda adecuada a los tiempos, sin embargo, se hace difícil desde el gobierno, debido a las exigencias de lealtad a la alianza con el Centro y a las tareas que el gobierno se plantea en cada momento. Sin perjuicio que, desde el gobierno, la Izquierda logre impulsar muchas veces cuestiones sentidas con mayor o menor eficacia, inevitablemente, el sello del gobierno, la resultante general de su acción, lo determinará el Centro y no la Izquierda.

La clave para elevar el papel de la Izquierda en la vida nacional, por ello, radica en parte importante en la capacidad que tenga la Izquierda en la oposición para definir un perfil de Izquierda y construir una fuerza política que sea capaz de impulsar sus propuestas, en entendimiento con el Centro.

Durante el último año, me ha tocado la suerte de acompañar al economista Hugo Fazio, vicepresidente del Banco Central durante el gobierno de Salvador Allende y Director del Centro de Estudios para el Desarrollo Alternativo, CENDA, en un programa radial ("El Color del Dinero", los días lunes al mediodía en Radio Tierra, CB 130 del dial AM) al que fuimos invitados por la periodista Carolina Rosetti y en el cual comentamos el informe acerca de la actualidad económica que Hugo prepara cada semana, llueve o truene.

Intentamos hacer una firme oposición de Izquierda a la política económica del gobierno, evitando caer en el populismo o en la demagogia de las soluciones simples o sin fundamento. Al mismo tiempo, estamos dispuestos a apoyar decididamente cualquier medida económica del Gobierno o sus personeros que nos parece positiva. Habiendo seguido, con esta disposición y muy de cerca, la acción del gobierno de la Concertación en este campo, la verdad es que estamos abismados por la manera en que en el actual régimen político, indefectiblemente, termina cediendo ante los intereses que representa, en este terreno descaradamente, la derecha en la mayor parte de las cuestiones, siempre en desmedro de los intereses de la mayoría de los chilenos, pero también muchas veces en forma atentatoria al desarrollo del país en su conjunto.

Por ejemplo lo más grueso. Como es sabido, la distribución del ingreso de Chile, que es una de las peores "top ten" del mundo, la sexta más mala, de acuerdo a organismos internacionales. Ella se

sostiene principalmente en la desigual distribución del ingreso nacional o valor nuevo generado cada año –valor producido íntegramente por los trabajadores, hay que agregar– del cual un 40% va al trabajo y un 60% al capital. En los EEUU, como referencia, el 70% va al trabajo y el 30% al capital y no es precisamente el país más igualitario del mundo.

Es bastante evidente que una distribución del ingreso tan atrabilaria –sin mencionar la injusticia que envuelve– atenta desde todo punto de vista contra las perspectivas competitivas del país hacia el futuro las que, como todos concuerdan en el mundo de hoy, se basan principalmente en la calidad del factor trabajo. Se trata de una situación evidentemente ‘no adecuada’, digámoslo así, al nivel de desarrollo alcanzado por el país y sólo puede explicarse como resabio de la situación de revancha social que Chile vivió durante la dictadura. Podría decirse que la economía de Chile “está aullando”, por usar la vieja expresión de Nixon, por un nuevo contrato social que eleve significativamente el rol de los trabajadores en todos los ámbitos y en primer lugar en cuanto a su participación en el ingreso nacional.

Pues bien, es sabido que la propia política del gobierno de la Concertación, concordada con la Derecha, ha agravado esta situación año a año, a excepción de 1990, en lugar de corregirla. Forzoso es reconocer, además, que en el actual marco político, aunque el gobierno quisiera–lo que no es claro para nada, por decir lo menos– sería poco lo que podría hacer al respecto.

Así, desde el ángulo muy preciso de la economía, llegamos semana a semana a la conclusión que en Chile se necesita con urgencia una presencia política de la Izquierda más definida y efectiva, con influencia y capacidad de acuerdo e interlocución con el gobierno que permita contrapesar la presencia de la derecha. Esto es objetivamente necesario y por lo tanto objetivamente posible, puesto que interesa a la gente en general, mucho más allá de la Izquierda.

Por decirlo en otras palabras, la necesidad de una oposición significativa de Izquierda al gobierno de Centro constituye de alguna manera un asunto que interesa a la nación en su conjunto. Es este tipo de identificación de la necesidad de la Izquierda con necesidades objetivas del país lo que ha hecho siempre ha hecho posible la relevante presencia histórica de la Izquierda en Chile, por lo demás.

Persiste de alguna manera en Chile una situación absurda. Este es un gobierno que, como el de la tercera República Francesa según dicen los historiadores, no tiene enemigos a su Izquierda. De hecho, es fruto de una lucha antidictatorial en la cual el papel más sacrificado, por decirlo con sobriedad, correspondió a la Izquierda, fue elegido en su primer mandato con el concurso de los votos del conjunto de la Izquierda y tiene un programa que cuenta asimismo con el apoyo de toda de la Izquierda, sólo si lo cumplieran. Sin embargo, la división de la Izquierda y la marginalidad política de parte de ella, lleva a que el gobierno, más allá del agrado que esto produce a muchas figuras del mismo, esté en los hechos obligado a buscar permanentemente el acuerdo con la Derecha.

Me parece, además, que la emergencia de una oposición de Izquierda significativa hará posible que la Izquierda en el gobierno, acreciente su propio perfil e influencia.

Y como nunca podremos dejar de asombrarnos con las vueltas de la vida, no sería quizás imposible que con una Izquierda nuevamente fuerte, Carlos Altamirano, nos sorprendiese con una nueva acrobacia política. Razón tenía efectivamente Carlos Marx que ‘la historia se repite, primero como tragedia y luego como farsa’. Tanto sus acontecimientos como sus protagonistas.

El Culto a los “Movimientos Sociales”, Mesianismo y Apoliticismo de Izquierda

Durante los últimos años han cobrado cierto auge tendencias que postulan oponer los movimientos sociales a los partidos políticos de Izquierda, enfrentando la necesaria autonomía de los primeros al desarrollo y participación de la gente en los segundos. La explicación de ello se encuentra, en parte, en los malos ratos que han pasado los partidos de Izquierda en el mundo y en Chile durante los últimos años.

Pero la idea de manera alguna es nueva y siempre se ha presentado en los períodos de baja participación ciudadana en los asuntos políticos. Es parte de la experiencia de cualquiera que haya participado alguna vez en un movimiento de masas, que cuando recién se incorpora a los mismos juventud o gente que no ha tenido experiencia previa en este tipo de movilizaciones, usualmente lo hace con un sentido ligado estrechamente a las reivindicaciones inmediatas que las inquietan y con gran desconfianza en relación a la política en general.

La misma experiencia señala que, a poco andar, la gente movilizada discute y comprende que la solución de sus problemas está ligada a situaciones que trascienden su ámbito estrecho y muchas veces tienen relación con asuntos de la conducción del estado y por lo tanto con la política. Es así como, a medida que se desarrolla la movilización de la gente por sus problemas y de un ciclo de baja movilización social se va ascendiendo a momentos de mayor actividad, la gente se va interesando cada vez más por la política, dejando completamente en el olvido sus reticencias iniciales al respecto. Este comportamiento es familiar para quienes hemos tenido el privilegio de participar activamente y sobrevivir a dos de estas grandes marejadas de participación ciudadana, la que se elevó desde 1967 hasta a 1973 y que realizó la gesta del Gobierno del Presidente Allende y aquella que se levantó entre 1982 y 1989 y logró poner término a la dictadura de Pinochet.

Por las mismas razones anteriores, no han habido organizadores más entusiastas y persistentes de movimientos sociales de todo tipo y naturaleza que los partidos de Izquierda, quienes nunca han visto una oposición irreductible, sino muy por el contrario, entre el desarrollo y autonomía de éstos y el propio.

Al parecer se aprecia cierta reacción entre quienes en años recientes han sido muy insistentes en el pasado en cuanto a enfrentar a los movimientos sociales a la política. Carlos Liberona, por ejemplo, en un artículo escrito junto con Gregorio Rojas y Ariel Lira (Encuentro XXI N° 6), reconoce la existencia de cierta crisis en los “movimientos sociales” en cuyo desarrollo autónomo había puesto sus esperanzas en cuanto a la gestación de nuevas alternativas políticas, recuerda que no siempre los movimientos sociales son subversivos sino que también los hay conservadores y hasta fascistas y reclama un proyecto común de sociedad, de país, una cosmovisión.

Con todo, del artículo mencionado pareciera desprenderse que el “proceso en que los sujetos sociales transitan (entendiendo esto como las organizaciones que impulsan reivindicaciones específicas por sector), al de sujetos políticos” se entiende todavía como un proceso mediante el cual los movimientos sociales en cuanto tales y no sus miembros organizados adecuadamente para estos efectos, devienen en actores políticos.

Más claro y ambicioso en sostener esta idea de transformar a movimientos sociales en actores políticos directos es Manuel Baquedano (Encuentro XXI N°6). Para Baquedano, lo que llama Proyectos Sociales Alternativos “una gran cantidad de experiencias pequeñas, por lo general aisladas entre sí, de una gran variedad de formas y orígenes que abarcan experiencias económicas sociales autogestionadas, formas de vida distintas, revalorización de tradiciones de los pueblos indígenas, comunidades urbanas, cooperativas culturales, movimientos sociales locales, etc. ..que tienen en común el de configurar distintas formas de buscar u cambio radical al sistema social, pero ya no tanto en el contexto ..de las revoluciones políticas, sino en un plano mucho más vinculado al quehacer de la sobrevivencia, de la vida cotidiana”, estarían destinados a sustituir a los “proyectos revolucionarios-políticos, hoy en proceso de franca crisis y declinación, situación agravada por la desaparición del socialismo real”, en procura de “sustituir el sistema capitalista vigente en América Latina”.

Baquedano reclama porque las ciencias sociales no han dado suficiente atención, a su juicio, al movimiento ambientalista. Sin embargo en su artículo arriba mencionado, subtítulo justamente “Una mirada desde las ciencias sociales” no hace un aporte en este sentido muy riguroso, que digamos. A su juicio, la teorización debe partir del “cambio de la contradicción principal existente en el planeta entre el

factor capital y el trabajo ...por una nueva contradicción principal, la que existe entre el Capital y la Naturaleza”.

Para fundamentar esto hace todo un enredo. “El factor trabajo”, empieza Baquedano, “como ustedes saben (?), se desarrolló porque existía previamente el factor capital, fue éste quién creó el trabajo asalariado” .. Para Marx, en todo caso, no se puede entender el uno sin el otro, al igual que sería difícil un huevo sin gallina, problema que al parecer todavía tiene intrigado a Baquedano. Luego, sigue Baquedano, “en 1917 ...[el trabajo]...surgió como un sistema social opuesto al capitalismo bajo la forma de los socialismos denominados ‘reales’... capital y trabajo se enfrentan....hasta la caída del Muro de Berlín..con la naturaleza ocupando un rol secundario”. Sin embargo, continúa, “a medida que estos dos sistemas fueron creciendo...la naturaleza se fue ‘achicando’..y en el momento en que cae el Muro de Berlín...el principal obstáculo que tiene el capitalismo ya no es el factor trabajo, la oposición que puedan oponer otros hombres, sino la posibilidad de crecer y chocar en el techo que lo constituye el medio ambiente”.

De todas las cuentas que se han sacado de la caída del Muro de Berlín, que no han sido pocas, la de Baquedano me parece de las más extrañas. De partida, hoy en día aparece como bastante claro que la guerra fría más que un enfrentamiento entre sistemas sociales fue un enfrentamiento entre bloques de naciones. De hecho, sus mismos protagonistas principales fueron sucesivamente adversarios, aliados en guerra contra un enemigo común, enemigos irreconciliables y luego naciones amigas, sucesivamente, entre 1917 y la caída del Muro de Berlín. El ‘socialismo real’, por otra parte, resultó ser, no una alternativa al capitalismo sino, una fase de tránsito hacia éste desde la vieja sociedad feudal.

Naturalmente, al desaparecer el enfrentamiento que ocupó un lugar central durante la guerra fría, se ponen de relieve todas las otras contradicciones existentes en la sociedad, entre ellas tanto la que existe entre el capital y el trabajo como la que media entre el desarrollo y el medio ambiente. Eso sí que lo sabe todo el mundo. Lo que es más difícil de entender es porqué para Baquedano un acontecimiento como la caída del Muro puede cambiar la relación entre las dos contradicciones que le preocupan, posponiéndose una y pasando a primer lugar aquella que a él más le motiva. Y más todavía, que este fenómeno sea tan decisivo como para justificar teóricamente el paso a “la época de la ecología política”. Francamente, me parece que Baquedano se deja llevar un poco por su entusiasmo.

La contradicción entre el desarrollo de la civilización humana y la naturaleza ha venido manifestándose de manera creciente y muchas veces dramática, a medida que la primera ha adquirido una potencia y capacidad de transformación desbordante. La asimilación profunda por parte de la humanidad de una conciencia ecológica que encauce por caminos sustentables el subsecuente desarrollo, inevitable y felizmente cada vez más acelerado, de su civilización—que, coincidimos con el Físico premio Nobel Wheeler, probablemente llegue a “transformar el universo”—es efectivamente uno de los imperativos de nuestra época. En lo personal, pocas cosas me importan más que el que los seres humanos aprendamos a respetar la naturaleza. Por el mismo motivo, soy partidario entusiasta de los grupos ecologistas en general y admirador de la labor que Baquedano, entre otros, tan destacadamente realizan en esta materia. Al respecto poco me importa si es ésta u otra la contradicción principal de la época, me basta con que es una contradicción muy importante.

Confieso, sin embargo, que cuando observo a quiénes sostienen con tanto entusiasmo la teoría del relevo de la contradicción capital-trabajo o de la contradicción relaciones sociales-fuerzas productivas, como precisa con menos ignorancia del Marxismo nada menos que Carlos Altamirano, por la contradicción entre el hombre y la naturaleza, no puedo dejar de sospechar que tras tras este súbito afán ordinal se oculta de alguna manera el interés de llevar agua para sus propios molinos políticos.

Para Baquedano el ecologismo es “un movimiento multidimensional que problematiza la estructura de los modos de producción, los estilos de vida y los criterios de producción y aplicación de los conocimientos al desarrollo..que articula entonces, y eso es lo importante, las luchas de las comunidades

indeigenas, de las organizaciones campesinas, obreras, populares, las clases medias urbanas, las asociaciones civiles, el desarrollo de los movimientos alternativos. Es una nueva articulación que empieza claramente a surgir como actor político”. La verdad es que tal definición, a mi juicio, peca de ambiciosa en extremo. Por lo mismo, parece ilusoria.

Por allá por los 60, cualquier grupo que decidía sumar sus huestes a la causa popular en ascenso, lo menos que pedía era “el reconcurso de las vanguardias”, cuestión razonable desde su particular punto de vista, si se considera que había otros, como los Comunistas y Socialistas, que llevaban medio siglo en la pelea. Baquedano va más allá y tal vez no poco de soberbia, da por liquidados a todos los grupos anticapitalistas existentes, cuyas bases sociales se propone ‘rearticular’ en su propio movimiento.

Un mesianismo parecido parece afectar a veces al Partido Humanista. Tomás Hirsch y Darío Ergas (Encuentro XXI N°6) formulan la cuestión de la siguiente manera: “queremos ser constructores de la opción que orientará el futuro cambio humano. Coincidimos con mucha gente y distintas corrientes que aspiran a un mundo mejor, sabemos de la necesidad imperiosa de unir a todos lo humanistas del mundo, pero comprendemos que esto no podrá ser realizado hasta tanto exista un acuerdo acerca de que Ser Humano hablamos, cual es el valor orientador, cual es el ideal que permitirá la convergencia en la diversidad y cual es la metodología de lucha coherente con nuestros fines. Si este acuerdo es posible con fuerzas históricas ya organizadas, sumaremos en esa dirección. Si eso no fuera posible, trabajaremos para construir una nueva fuerza social que dé referencias y fortalezca una opción de revolución humanista futura”.

Personalmente, tengo mucha cercanía con los Humanistas. He coincidido con ellos casi siempre, durante los últimos años, en la mayoría de las cosas. Especialmente en su arrojada y desinteresada salida de la Concertación, en su momento de mayor auge. He leído con atención sus críticas a la sociedad capitalista y en general estoy de acuerdo con las mismas, aún cuando pienso, por ejemplo, que un análisis más acucioso del capital dinero de préstamo, como lo llama Marx, al cual los Humanistas tienden a cargarle todos la lacras del capitalismo, les arrojaría probablemente la adicional decepción que el mismo no es sino una parte constitutiva del capital en su conjunto y que si bien tiene sus roces con el capital productivo y con el capital comercial, a la larga juegan cada uno su propio rol y se entienden de lo más bien. Comparto plenamente su visionaria y valiente percepción acerca de la inevitable crisis de la sociedad capitalista mundial y su superación revolucionaria, aunque puedo discrepar en cuanto a la inminencia o rasgos de hecatombe que a veces parecen asignar a la misma. Me ha estimulado y halagado sobremanera que sean los Humanistas quiénes más hayan “inflado” las investigaciones que, conjuntamente con una militante de ese movimiento hemos venido realizando acerca de la propiedad de los trabajadores en empresas. Son gente inteligente, simpática y con gran sentido del humor, muchos de ellos. Decididamente, los Humanistas me caen bien.

Sin embargo, ni aún así estoy seguro que concuerde con ellos hasta la última coma “acerca de que Ser Humano hablamos, cual es el valor orientador, cual es el ideal que permitirá la convergencia en la diversidad y cual es la metodología de lucha coherente con nuestros fines”. Más aún, el ejercicio de empezar a dilucidar el asunto punto por punto me da un aburrimiento enorme y cierta sensación de que me están sometiendo a exámen, tormento que deseo evitar si está en mi mano hacerlo, puesto que me basta con los muchos que ya he rendido y sigo rindiendo en recurrentes pesadillas.

Por lo tanto, como tengo el mayor interés de coincidir estrechamente con unos y otros en la lucha anti-capitalista y por el mundo más sano y mejor que tanto Ecologistas como Humanistas proclaman, pero como al mismo tiempo no soy ni seré militante Ecologista Político ni Humanista, de mi parte me agradecería que unos y otros ojalá consideraran bajar un poquito las “barreras de entrada” tan elevadas que actualmente erijen para dignarse actuar en conjunto con uno. En ambos casos, Ecologistas y Humanistas han demostrado varias veces una gran flexibilidad táctica, puesto que han sabido llegar a acuerdos y “articularse” lo más bien con fuerzas políticas y personajes que, estoy seguro, comparten mucho menos

sus visiones del mundo que la Izquierda, por lo que estoy seguro que el entendimiento con unos y otros será posible.

La idea de reemplazar la política de Izquierda por una sumatoria de “movimientos sociales” no es original de Chile. En países de habla inglesa recibe la denominación de “identity policies” o “políticas de identidad”, en atención a que una parte importante de dichos movimientos en esos países está constituida por movimientos tales como los grupos étnicos, feministas, gay y regionalistas, o religiosos, entre otros. En el presente número de Encuentro XXI se incluye un magnífico texto del historiador Eric Hobsbawm, en que cuestiona fundamentadamente la idea mencionada.

Hobsbawm relaciona el auge de este tipo de “movimientos sociales” a partir de los años sesenta con su profunda idea de que la crisis de fin de siglo de las sociedades capitalistas más avanzadas tiene su origen, en parte, en que por vez primera estas sociedades se ven obligadas a funcionar sin el ligamento de las viejas instituciones heredadas de sociedades anteriores, tales como la familia o la comunidad, que su propio desarrollo usó libremente, como el aire o el agua, pero que destruyó inevitablemente, al igual como contaminó aquellos. Hay que decir, en todo caso, que a diferencia de la naturaleza contaminada, una sociedad conformada por ciudadanos libres será superior a las antiguas, cuando éstos aprendan a funcionar de la nueva manera. Es, en parte, como “respuesta” a la carencia de la vieja argamasa social, que la gente ha recurrido a identificarse en torno a diversas cuestiones que, siendo de apelativo parcial, les permiten identificarse entre sí tanto en cuanto se diferencian de quiénes no pertenecen a su grupo de referencia.

Para Hobsbawm, la propia clase obrera no está eximida de esta limitación en cuanto grupo de referencia para la Izquierda. Critica el hecho que la Izquierda, en los períodos que no ha logrado trascender la defensa corporativa de los intereses de sectores obreros ha bajado ostensiblemente su influencia en la sociedad. La identificación tradicional de la Izquierda con la clase obrera, recuerda Hobsbawm, es sólo en cuanto ésta fue entendida como la clase que encarna la posibilidad de superar el capitalismo, objetivo universal que identifica a todo el pueblo.

Sin desconocer en absoluto las reivindicaciones reales que recojen la mayoría de estos movimientos, por el contrario, respaldando decididamente las causas sostenidas por la mayoría de ellos, Hobsbawm cuestiona, sin embargo, la idea que la Izquierda base su acción en su identificación con alguno o la sumatoria de los mismos, a ser entendida como una “coalición de grupos e intereses de minorías”.

Como dice Hobsbawm, mientras para la Izquierda cada uno de estos movimientos es uno más de los grupos maginados o explotados o problemas por los cuales lucha, para los ecologistas, pueblos indígenas o cualquier otro grupo o movimiento social, la Izquierda, es sólo un aliado posible en su lucha, en determinadas circunstancias. De esta manera, por ejemplo, el grupo parlamentario ecologista, promovido por Baquedano, acertadamente, ha incluido entre sus adherentes a parlamentarios de todos los colores políticos, incluidos algunos de derecha, quiénes aparecen entre los más activos.

La Izquierda, concluye Hobsbawm, debe mantener su apelativo universal, leal a sus principios originarios que vienen de los ideales de la Ilustración y la Revolución Francesa y proyectar su identificación con toda la gente, “el tipo de colectividad que estaría dispuesto a aplaudir si el equipo nacional ganara el campeonato mundial de fútbol”, cuestión esta última que, con su humor habitual Hobsbawm reconoce utópica con el actual equipo de Inglaterra. Coincidimos ampliamente los chilenos en esta última apreciación, aplicada a nosotros.

¡No el orden del estado, cojones!

Quién puede sino compartir el sueño anarquista de alcanzar algún día “el verdadero orden, no el que impone el estado, cojones, sino el natural, el que deviene de la fraternidad entre los hombres”, como decía el magnífico viejo republicano español, abuelo del escritor Luis Sepúlveda, cuando, siendo éste

niño, lo rellenaba de bebidas y helados hasta que lograba hacerlo mear el pórtico de alguna iglesia para enrabiarse al señor cura. Quién de nosotros no proclamaba las consignas anarquistas de mayo del 68, cuando, por esos años, nos aproximábamos por primera vez a la política despotricando contra ésta y fulminando a los políticos ‘tradicionales’, es decir, a todos los existentes por parejo. Quién no puede sino mirar con simpatía, entonces, cuando la juventud de hoy formula condenas semejantes.

Más enredado que aquel noble viejo libertario, el historiador Gabriel Salazar, que ya tiene sus buenos años encima (citado del libro ‘Labradores, Peones y Proletarios’ y del artículo ‘De la justicia estatal al tribunal de la historia’ en Encuentro XXI, N°6), habla de “la sustancia social contenida en la solidaridad recíproca de los alienados, y el poder histórico que le es inherente...la sustancia histórica que nutre la corriente central de desarrollo de una sociedad desalienada y humanizada sólo puede derivarse, primero, de las relaciones de solidaridad recíproca entre los alienados mismos y, después, de las relaciones desalienadas entre todos los que persisten en la humanización de la sociedad”.

No es el objeto de estas líneas, ni está suficientemente calificado su autor, para criticar en profundidad las concepciones de Gabriel Salazar en cuanto las mismas condicionan su visión de la historia. Lo poco que conozco de sus escritos históricos me parece interesante. Su estudio acerca de la formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX, por ejemplo, parece destacable ya en cuanto a la temática elegida, que es además una preocupación permanente de Salazar. Su visión acerca del tema tratado es asimismo clarificador en muchos aspectos para quién, como el suscrito, se ha interesado en el tema desde el ángulo de la economía política.

Con todo, si alguien estuviera dispuesto a calificar el enfoque histórico de Salazar como ideologizado y unilateral a más no poder, a mi me parecería que no anda muy lejos.

Para Salazar “el ‘pueblo’ ... la parte de la nación que detenta el poder histórico... no es sino la parte alienada de la ‘nación’.. y mientras más alienantes sean [los mecanismos de opresión] la historicidad se concentra progresivamente en las masas alienadas... la compulsión humanizante—que es uno de los caracteres distintivos de los hombres y mujeres de base—se exagera, se acumula y se desarrolla precisamente cuando los factores alienantes incrementan su presión”.

Ello ocurriría debido a que “la fuerza alienadora, aun cuando demuestra su potencia oprimiendo una parte de la nación hasta su negación humana, no transmite a los oprimidos su energía material o física, y otra puramente histórica. La primera la retiene y la multiplica, pero la segunda la transfiere a los alienados irreversiblemente. Y este proceso de transferencia no puede ser, a su vez, oprimido. Es por ello que las masas alienadas despojan a los alienadores de su historicidad, precisamente a través de los mecanismos de opresión”.

Elevar una concepción tan enrevesada a la categoría de base conceptual de una metodología histórica no puede dejar de tener consecuencias negativas, a mi parecer.

Desde luego afecta su estilo, si el maestro Salazar me permite embromarlo, puesto que incluso yo mismo, que alguna vez he publicado un libro sin ningún sentido del humor y recargado de palabrejas supuestamente científicas, no he llegado a extremos como denominar “adquisición de servicios alcohólico-sexuales” a esas andanzas de la cotidianidad del sujeto histórico.

Pero lo más grave es que se puede concordar que ellas conducen a lo que Salazar mismo califica de “enfoque introvertido y patético..del drama interior de la nación”, puesto que, castrada de su rol histórico político y económico, el papel de la masa ciudadana queda reducido “... a rumiar, en perfecto anonimato y oscura privacidad, su anonadamiento histórico. A pastar, simplemente su mero presente. A eternizar su inocua cotidianidad”. A la luz de lo que ha sido nuestra propia experiencia respecto al papel que ha correspondido al pueblo en la historia reciente de Chile, tal visión de las cosas parece, por decir lo menos, o una proyección personal o una evaluación muy mezquina.

El rol que le correspondió jugar al sujeto popular fue decisivo, en la gesta de la humanidad de los dos últimos siglos— tránsito que está culminando en multitudinaria tempestuosidad ante nuestros ojos atónitos – y que la llevó desde el campo a la ciudad y de la obscuridad secular de la sociedad agraria y señorial a la modernidad liberal del capital. Este viaje, que sabemos no es el camino al cielo ni mucho menos, se inicia con las revoluciones del siglo pasado, principalmente con la Revolución Francesa y está jalonado de revoluciones, como lo está de terremotos la lenta conformación de los continentes. En dichas revoluciones, el actor popular ha jugado, en todos los países y ciertamente también en el nuestro, el rol fundamental. Es el actor popular y los políticos jacobinos que lo encabezaron, quién en definitiva le ha ido poniendo el cascabel al gato. Ha sido el pueblo y no los señorones ni otros, quién en fugaces pero decisivos tajos, le cortó el cogote y sus flecos a la vieja sociedad, para abrir paso a la muy dialéctica modernidad. La mayor parte de las veces, es cierto, ‘sin querer queriendo’.

Salazar –y en esto coincide nuevamente con el apoliticismo anarquista en general–enreda aún más las cosas. “A decir verdad”, dice, “el drama de la alienación incluye no sólo la opresión alienadora sino también la reacción liberadora: es decir, la negación del pueblo por los alienadores, y la destrucción de los poderes alienadores por el pueblo mismo. La confrontación directa entre alienados y alienadores está regida por el juego fluctuante de las negaciones recíprocas, y liderada por los poderes sociales contruidos por unos y otros..”.

Es decir, resultan tan alienantes los opresores como las organizaciones que se dá el pueblo mismo para combatir la opresión. A unos y otras acusa Salazar de “bloquear y enajenar [el] derecho inalienable [de la humanidad] a dirigir por sí misma la historia de su propia evolución...: el derecho social a construir colectivamente el Estado; el derecho social a modelar colectivamente el Mercado y, finalmente, el derecho de la ciudadanía a estructurarse a sí misma como Sociedad Civil...el triple derecho ciudadano a la construcción social de la realidad y el futuro ha sido sistemáticamente violado. Y no sólo desde 1973 sino desde mucho tiempo antes. Y lo que es más grave, no sólo por la clase política militar (dictaduras) sino también por la clase política civil (centralismos)”.

Veamos que es lo que propone Salazar, hablando ahora no como historiador sino como estratega popular:

“El primer deber del ciudadano, hoy, es en-red-arse con otros sujetos..de hecho ha sido ésta la respuesta mayoritaria de los sectores populares a los problemas neoliberales que les ha suscitado la transición democrática” Hasta ahí concordamos plenamente.

Sin embargo, Salazar no se refiere en general a todos los esfuerzos de organización y movilizaciones populares del período mencionado, que aún siendo muy débiles en un tiempo de “calma chicha”, como los que a menudo suceden a las tormentas, no por ello han dejado de movilizarse en estos años varios miles de ciudadanos en torno a los más variados temas, gremiales en los principales casos y en ocasiones varios millones, una vez por Mururoa y otras en torno a cuestiones propiamente políticas, como han sido las cuatro elecciones generales del período y las crisis relacionadas con los temas de la transición.

Ni mucho menos. Para Salazar lo relevante han sido “90 redes que han surgido en los últimos dos años”, imaginamos que se refiere a las que participan de organizaciones como RECHIP, con las cuales el propio Salazar mantiene una relación al parecer estrecha. Sin menospreciar lo que significan dichas redes, por el contrario, teniéndolas en muy buen concepto, nos parece, sin embargo que calificar su formación como “el proceso histórico más relevante de los años 90 en Chile” no abona la ecuanimidad de nuestro historiador.

Salazar distingue claramente que organizaciones populares cuentan con su visto bueno y cuales no. Según él, “las redes sociales, por cierto, no deben confundirse con las “organizaciones”(sociales, políticas o de otro tipo), puesto que, a diferencia de éstas, no operan en base a estatutos rígidos o

jerarquías de mando...” , el viejo demonio anarquista, “..pues el compás de acción de una red no es la marcha forzada del voluntarismo político, sino el ritmo denso de la vida, con el que, en todo momento se armoniza. Por ello, las redes se constituyen y se expanden lentamente. ‘Envuelven’ los problemas. Los extinguen por asfixia o sofocación. Su tiempo histórico no es equivalente al tiempo del estado, la política o los negocios, sino el tiempo espeso y lento de la vida social y cultural. La política de la sociedad civil, por ello, no está regida por la impaciencia, porque no está tensada por objetivos abstractos de largo plazo, sino asentada en la sapiencia de un ser social pleno de sí mismo”.

Como bien dice Salazar, “el despliegue de estas redes marca una diferencia significativa con las “organizaciones” de resistencia y supervivencia que fueron típicas de los años 80. Estas se constituyeron dentro de una lógica (simple) de oposición frontal a la dictadura centralista”. ¡Menos mal!

Pongamos las cosas en su lugar. La represión de Pinochet hermanó en sangre a todos quiénes, de una u otra manera, fuimos sus víctimas y enemigos. Pero ello no significa que las posiciones que, alternativamente unos y otros sostuvimos no deban ser criticadas a fondo.

Las concepciones que promueven el apoliticismo popular—y en esto el anarquismo coincide con la derecha y el militarismo— han debido ser enfrentadas y derrotadas una y otra vez en el seno del pueblo, para hacer posible la organización popular que, a su vez, ha encabezado cada una de las gloriosas y decisivas irrupciones del pueblo en la historia, ejerciendo “su derecho social a construir colectivamente el Estado”. Al menos desde la Revolución Francesa para adelante.

Las concepciones que rechazan todo “estatuto .. o jerarquía de mando” en las organizaciones populares han debido ser aventadas cada vez que la ciudadanía ha logrado ejercer su “derecho de a estructurarse a sí misma como Sociedad Civil”, mediante la conformación de organizaciones reales, que han agrupado a millones de personas en torno a la lucha por la solución sus problemas de defensa gremial y sindical, de vivienda, de organización vecinal, de abastecimiento y muchas otras, entre ellas autodefensa. Cualquiera de estas experiencias masivas de organización popular ha tenido una relevancia histórica infinitamente mayor que todas las fantasmales estructuras que anarquistas de todos los pelajes imaginaron a su gusto y pretendieron siempre imponer a la gente, a lo largo de los años.

Cuando, en los años por venir, los trabajadores asalariados asuman cada vez más posiciones de propiedad y control sobre las empresas y se unan a los “por cuenta propia” en “ejercer su derecho social a modelar colectivamente el Mercado” ciertamente lo harán pasando por encima de las concepciones anarquistas del momento.

Se ha hecho una costumbre en estos días—precisamente por parte de quiénes postulan posiciones como las arriba criticadas— enrostrarles las derrotas populares a quiénes tuvieron responsabilidad en la conducción de cada uno de estos procesos. Pues bien, quiénes de una u otra forma hemos ejercido esas reponsabilidades asumimos como nuestras las derrotas del pueblo. Pero del mismo modo, son también nuestras sus grandes victorias.

Sería de toda justicia que estos generales de después de la batalla explicasen a sus jóvenes oyentes porqué, en su momento, estuvieron en contra de la formación de la Unidad Popular, fueron tenaz oposición al Gobierno de la Unidad Popular, durante la Dictadura no jugaron ningún papel en la resistencia, se abstuvieron en el plebiscito del 88 y no votaron en la elección del 89. Las victorias del pueblo en todas aquellas gestas fueron derrotas suyas. Mejor no recordar cuales fueron sus “victorias”.

En definitiva, las tendencias apoliticistas, aún cuando postulan su rechazo a toda forma de autoritarismo, conducen no pocas veces precisamente a su contrario, es decir, a caer en la peor forma de autoritarismo, que es aquella del sometimiento a líderes, maestros y ‘gurus’ de todo tipo y ralea. No es otra cosa la que ocurre al rechazar la construcción de organizaciones tales como los partidos políticos que, de una u otra manera permiten a la gente una expresión más o menos estructurada y permanente en el tiempo. Puesto

que, por muy imperfectas y antidemocráticas que sean las formas de participación de las bases en estas organizaciones, alguna tienen que darse.

En Chile tuvimos recién una experiencia a este respecto, cuando un heterogeneo conjunto de ONGs, pequeños partidos políticos, grupos y personalidades, entre los cuales destacaban grupos ecologistas, levantaron la candidatura presidencial del economista Manfred Max-Neef. El resultado de dicho esfuerzo, sin duda valioso, puesto que permitió poner en discusión algunos temas de relevancia y alcanzó a reunir una votación significativa, se diluyó sin embargo rápidamente, al no estar respaldado por una organización que se propusiera mantener y desarrollar su perspectiva en el tiempo.

Una Propuesta Política Para La Izquierda en la Oposición

Por todo lo expuesto, estoy convencido que es inevitable que en Chile, tarde o temprano, se configure una fuerza política de oposición de Izquierda con una influencia significativa en la sociedad.

Ello ya ha ocurrido, por lo demás, en países que presentan niveles de desarrollo social que con algunos rasgos son similares al nuestro. Tal ocurre con el Frente Amplio de Uruguay, el PT en Brasil, el Frente Grande en Argentina y la Izquierda Unida en España, por mencionar sólo algunos casos.

Junto a José Sanfuentes y Patricio Rivas y Manuel Gahona, ex miembros de las comisiones políticas del Partido Comunista y del MIR, respectivamente y otros dirigentes de Izquierda, hemos orientado nuestra actividad política principalmente hacia este objetivo, durante los años recientes. Hemos tenido no pocas frustraciones pero también algunos logros que estimo significativos, estos últimos más bien en el terreno de la elaboración teórica y programática que, de manera indispensable, acompaña siempre la construcción política. Me ha tocado en suerte participar, por ejemplo, en la fundación de la propia revista Encuentro XXI y el Centro de Estudios Nacionales de Desarrollo Alternativo, CENDA, proijado este último, principalmente, por el economista Andrés Varela.

Entre las iniciativas que me parecen importantes y crecientemente exitosas, en las que me ha tocado participar en estos años, destaca, a mi juicio, el Foro por la Democracia. El Foro se ha propuesto constituirse como un lugar de encuentro, discusión y movilización, para todos los Chilenos, sin distinción de militancia política u otra, que estimen necesario culminar la transición a la Democracia con justicia en relación a los atropellos a los Derechos Humanos, una institucionalidad cabalmente Democrática y una economía más equitativa.

El director de la revista Punto Final, Manuel Cabieses, gestor principal de esta iniciativa, ha tenido el cuidado de garantizar siempre la amplitud del Foro y la fidelidad de éste a sus principios declarados, evitando cualquier intento de instrumentalización del mismo, por ejemplo, como sucedáneo de carencias orgánicas de la Izquierda. Ello ha permitido concitar en el Foro un encuentro muy amplio de dirigentes de fuerzas políticas Democráticas, de Gobierno y Oposición de Izquierda. Entre éstas se cuentan personalidades de la Concertación tan destacadas como Andrés Aylwin, Patricio Hales, Francisco Rivas y Clodomiro Almeyda, entre otros. Por parte de la Oposición de Izquierda, participan del Foro personalidades como Jacques Chonchol, Jorge Insunza, Tomás Hirsch, Sergio González, Jaime Durán, Jaime Insunza y Patricio Rivas, entre otros, aparte del propio Manuel Cabieses. Participan también del Foro dirigentes sindicales como Manuel Bustos y Jorge Pavez y personalidades del mundo de Derechos Humanos como el padre José Aldunate.

Pudiera ser quizás el momento adecuado para que la Izquierda decidiera emular la iniciativa del Foro por la Democracia y, al mismo tiempo que redoblar su actividad en éste, al mismo tiempo promoviera una iniciativa complementaria. Podría tal vez generarse un espacio de encuentro y discusión, abierto a todos los partidos, grupos y personas independientes, que sean partidarios de avanzar hacia la conformación de una organización política unitaria de fuerzas de Izquierda, adecuada a los tiempos actuales.

Se podría, tal vez, promover una organización política de la Izquierda que abra espacio a la participación democrática de todos, respetando al mismo tiempo la identidad de cada uno de sus participantes y desde la Oposición al gobierno de la Concertación, ayude a proyectar a la Izquierda en su conjunto sobre el escenario político Chileno.

Desde el punto de vista programático, sin perjuicio de sus propias elaboraciones, tal organización podría tomar como base los trabajos que ha ido elaborando el Foro por la Democracia, al mismo tiempo que proponerse como objetivos mínimos el lograr impulsar a cabalidad el programa aprobado y pronto abandonado, por la Concertación de Partidos por la Democracia.

Desde el punto de vista de quiénes pudieran ser los destinatarios principales del llamado a participar en una instancia conjunta de encuentro y la reflexión en torno a la Izquierda, en primer lugar, desde luego, deberían estar los principales partidos políticos legales que se ubican a la izquierda de la Concertación, a saber, el Partido Comunista, el Partido Humanista y el Partido Nueva Alternativa Popular.

Otros actores políticos organizados que se ubican a en la Oposición de Izquierda, pudieran incluir lo que Manuel Baquedano define como Movimiento Ecologista y que al parecer representa el grupo más significativo, junto a otros grupos y dirigentes que en su momento levantaron con éxito la candidatura presidencial de Manfred Max Neef, así como a los Cristianos de Izquierda que se agrupan en torno a la figura del ex ministro de Salvador Allende y padre de la Reforma Agraria Chilena, Jacques Chonchol.

Junto a los partidos y grupos mencionados, hay una cantidad de otros partidos, grupos y movimientos así como personalidades independientes que pudieran quizás sentirse motivados por una iniciativa de esta naturaleza. Entre las sensibilidades relevantes a este llamado se cuentan, por ejemplo, las diferentes vertientes del Rodriguismo. Entre las personalidades proclives a la misma pueden contarse, probablemente, importantes dirigentes sindicales y estudiantiles y de organizaciones sociales del más diverso tipo.

Para terminar estas líneas con una galantería tan ‘a la antigua’ como la forma de exponer críticas que se utiliza más arriba, séame permitido expresar mis preferencias respecto del tema de la candidatura presidencial de este sector político. La Oposición de Izquierda tiene la suerte de contar entre sus filas a cuatro mujeres excepcionales quiénes, proviniendo de los Derechos Humanos, del Comunismo, del Humanismo y del Ecologismo, respectivamente, pudieran cualquiera de ellas, ser la abanderada del conjunto de las fuerzas de la Izquierda en la Oposición, en las elecciones presidenciales venideras. Sería deseable y quizás posible, promover que una organización política unitaria de la Izquierda en la Oposición abriera un espacio para que las fuerzas e ideas que cada una de ellas representa pudieran competir democráticamente entre sí por el apoyo de la mayoría. Desde ya declaro mi apoyo entusiasta a cualquiera de ellas o a cualquiera otra persona, que logre de esta manera la representación de todos.

Ojalá que este debate pueda ayudar a que la Izquierda Chilena invente pronto la forma política a que inevitablemente dará a luz en un futuro próximo, que haga cabida democráticamente a todos sus partidos, movimientos y personas, en la tradición del Frente Popular, del Frente del Pueblo, del Frente de Acción Popular, de la gloriosa Unidad Popular y el Movimiento Democrático Popular, entre otros, para hacerse presente con nitidez, amplitud e influencia en el panorama político Chileno, que la reclama con urgencia.

Manuel Riesco

Febrero 1997

gn